

La Navidad perfecta

Cuento

El sol brillante entraba por la ventana sin pedir permiso. Clara estaba entusiasmada, tenía tan sólo 11 años y era el día anterior a la nochebuena. Pensaba qué harían su mamá y su papá, si pasarían junto a la abuela Jana y abuelo Lito la noche de la navidad y al día siguiente irían a casa de la abuela Lina y abuelo Cacho, los progenitores de su mamá.

Cuando llegó a la cocina, notó que su taza, aunque estaba sobre la mesa se encontraba vacía, nadie le había preparado su desayuno, por lo que decidió hacerlo ella misma. – “Papá ya salió para su trabajo y mamá también – pensó la niña – creo que me he levantado un poco tarde hoy...” Y, como no tenía que ir a la escuela porque estaba de vacaciones, sus progenitores no la habían despertado al salir.

Clara tomó la leche, le agregó un poco de cacao y endulzante, tomó un pan y lo colocó en la tostadora, sacó la manteca de maní de la heladera y un frasco de mermelada de duraznos casera, que había hecho su mamá. La niña disfrutó de su desayuno, y luego corrió hacia el patio, a jugar un rato con las muñecas, andar en la bicicleta y mirar a las gallinas, los pollos y los conejos que retozaban en los corrales.

De pronto, la luz del sol le dio de lleno en el rostro y despertó sobresaltada. Uhh... estaba soñando... Otra vez uno de esos sueños en los que tenía una “infancia perfecta”, donde ocurrían “fiestas perfectas”, donde todo era “lo ideal”. Actualmente, Clara ya estaba próxima a cumplir 27 años y trabajaba en una empresa tecnológica donde se dedicaba a diseñar páginas y programar algoritmos. Su papá y mamá se habían separado hacía ya mucho tiempo, después de un largo proceso de discusiones y peleas por ella, por los bienes, por la casa, por los autos, por los muebles, por tantas cosas, se dijo que sería mejor olvidar esa mañana toda esa historia.

La navidad se acercaba y ella quería tener un novio, un compañero con quien estar y conversar, cenar juntos, brindar y divertirse. No pretendía demasiado, y aunque le gustaba el jefe de redacción de la empresa y él ni siquiera se dignaba a mirarla con atención, también solía divertirse y pasear con un amigo, casi novio, con quien tenían largas conversaciones, pero a ella no le resultaba agradable su forma de comportarse en algunas ocasiones, y mucho menos la manera en que se vestía.

Es que Raúl – el nombre del amigo de Clara – no hacía gala de “guardar los mandamientos” en las reuniones sociales y solía entrar y permanecer en algunos sitios vestido con ropa pasada de moda, deslucida por el uso, gastada de tantos manoseos y lavados, a veces también descosida o rota. Clara siempre vestía de manera impecable y le hubiera gustado que su amigo, casi novio, también así lo hiciera. Por eso solían tener algunas discusiones. Él argumentaba que eso no le importaba, que era cuestión de otros tiempos, de otras personas y que él nunca se sometería a los dictámenes de la moda y del “qué dirán”. Ella trataba de convencerlo. Pero no llegaban a un acuerdo nunca. Y es por eso que cada vez la distancia que los separaba era más amplia.

El teléfono de Clara sonó y ella deslizó su dedo índice para aceptar la llamada, era Raúl que le preguntaba dónde pasaría la nochebuena y qué pensaba hacer el día de la

navidad. Clara pensó “qué raro se interesa por esto... si él nunca está de acuerdo con la nochebuena ni con la navidad, ni con ningún otro acontecimiento social”. Le respondió que aún no lo había pensado y que, posiblemente, pasaría la noche en la casa de su mamá y al día siguiente iría a la casa de su papá y de su flamante esposa. La mamá de Clara no había formado una nueva pareja. Raúl le dijo que él podía ir hasta su casa pasadas las doce de la noche, para brindar y conversar un rato. Y ella respondió que sí, probablemente, que tal vez, le avisaría a qué hora iba a estar en su casa de regreso esa noche.

Luego de convencer a Raúl para que se vistiera con su traje azul e impecablemente para la nochebuena aceptó brindar con él pasadas las doce y cuando ella regresara a su hogar. Él llegó cincuenta minutos después de la medianoche. Conversaron, brindaron y Raúl le entregó un cuadro con hermosas casitas de techos de tejas de color rojo, bellos jardines y proliferas veredas y canteros llenos de plantas y flores. También había un farol, alto en el medio de la pintura y una mujercita de cabello negro parada allí, junto al poste que sostenía el fanal. Cuando el reloj iba a marcar las dos de la madrugada Raúl se marchó, no sin antes abrazarla y besarla efusivamente.

Clara se quedó observando el cuadro durante un largo rato. Luego, preparó su pijama de color rosa con estrellitas y soles, se lo puso y se dejó caer sobre la amplia cama, extendió sus largas piernas y muy pronto se durmió. De pronto, sintió como si entraba en un túnel que la llevaba a un lugar hermoso, lleno de casitas bajas, con techos de tejas y chimeneas, magníficos jardines, proliferas calles bordeadas de árboles de pinos naturales, adornados con guirnaldas, brillos y bolas. Su papá y mamá vivían en una de esas construcciones y ella residía también allí, aunque en otra de las casitas. El entendimiento y la armonía reinaban entre ellos, disfrutaban juntos, almorzaban o cenaban en la casa de Clara o ella iba a la de su familia, la acompañaban al cine, jugaban casi como cuando eran niños, reían como nunca lo habían hecho... Se reían por pavadas, por tonterías, todo era motivo de risa. Además, Clara tenía novio, y claro... era el jefe de redacción de la empresa donde ella trabajaba. Se sentía muy feliz. Y esa nochebuena ambos pasarían la velada en casa de su familia e irían pasadas las doce de la noche al baile que se celebraba todos los años en la ciudad, donde se elegía la Reina de la Fiesta.

Clara fue coronada como reina y todos la aplaudían y ella bailaba, feliz, contenta con su amado y prolijo novio, el jefe de redacción de la empresa... Al día siguiente y como su novio no tenía familia y, por lo tanto, no había un compromiso de ir a algún sitio en particular, se iban al campo, en un carro, y montaban caballos, jugaban, conversaban y paseaban juntos durante el día entero.

Las navidades iban pasando una tras otra. Todas eran iguales, idénticas. Compraban los mismos productos, comían y bebían idénticas bebidas, se hacían regalitos, murmuraban las mismas palabras llegadas las doce de la noche y luego brindaban, comían frutas desecadas, nueces, turronecillos y pan dulce... Y Clara comenzó entonces a extrañar la época en que tenía un amigo, casi novio, que no era tan perfecto... el tiempo en el cual ella soñaba con un muchacho que era el jefe de redacción de la empresa y que casi ni la miraba... Sintió que extrañaba su ciudad imperfecta... sus calles y sus ruidos... Empezó a hastiarse de sus perfectas navidades, de esa ciudad perfecta, de esa familia perfecta, de esa relación de amor perfecto y deseó, con toda su alma poder irse de allí...

Y de pronto, el sol le dio de lleno en el rostro... y se encontró en su cama, vestida con el pijama que se había puesto la noche anterior, sola, en una ciudad imperfecta... Se dio cuenta entonces, que estaba alegre y emocionada porque la navidad perfecta había sido sólo un sueño...

Preguntas:

- ¿Por qué festejamos la Navidad?
- Si bien es una fiesta religiosa, impuesta por la iglesia católica apostólica romana y otras congregaciones similares, se ha convertido en un acontecimiento absolutamente comercial, por el que se come demasiado, se compran y se regalan cosas innecesarias y la gente se emborracha casi más que en cualquier otro festejo...
- Y esta es una pregunta para quiénes son católicos, cristianos, creyentes... ¿Creen ustedes que eso le agrada a Dios, al Universo? Y a quiénes no lo son, ¿por qué estiman que es necesario sumarse a esta fiesta?
- ¿Por qué creemos que las Navidades tienen que ser “perfectas”?
- ¿De dónde sacamos que hay o que hubieron fiestas “perfectas” en que todo era “perfecto”?
- Perfecto sería poder pasar con la familia, y/o con amigos/as y/o solas/os y sentirse bien y disfrutar, meditar, orar, leer o brindar consigo mismxs o con quién se está compartiendo la mesa o el lugar en ese momento... No hay una navidad perfecta, y si lo fueran, nos pasaría lo mismo que a Clara, la protagonista del cuento: creo que nos hastiaríamos de ellas...

Cierto es que no sé qué sentido tiene repetir las mismas palabras en esas fechas, con casi las mismas personas, comiendo y bebiendo casi las mismas cosas cada año, pero esto ya es tema para otro Cuento...

Autora: Silvia Mirta Valori